

La historia Dimitri, un niño ruso

Rebeca Reynaud

Dimitri era un niño ruso que mendigaba en un mercado para conseguir comida para su hermanita y para él, otras veces pescaba o recolectaba hongos. Sus padres biológicos eran alcohólicos y no se ocupaban de ellos. Su padre lo maltrataba y sólo su abuelita se ocupaba un poco de ellos. Su abuelita murió y sus padres pasaban temporadas en la cárcel. Un día su profesora vio que mendigaba, y le preguntó si quería ingresar a un orfanato. Dimitri preguntó si allí iba a comer y le dijeron que sí. Dimitri tenía 10 años y su hermana, seis. La paz duró una semana pues luego algunos niños empezaron a golpearlo. Lo peor era sentir la anulación de su ser. Allí no podía soñar con nada. No sabía por qué estaba sufriendo. Nadie le había hablado de Dios. Quería desesperadamente que alguien le dijera que él servía para algo.

Cuando Dimitri tenía siete años y medio una cuidadora les dijo: "Mañana tendrá lugar una charla voluntaria, vendrá un Pope (un sacerdote ortodoxo)". De 400 niños asistieron tres. El Pope les habló del amor de Dios. Dimitri le dijo: "Pues este Dios se ha olvidado de nosotros". El Pope le dijo: "Te voy a dar tres iconos, pídele a Dios lo que quieras. Reza". El niño esperaba que todo el mundo se acostara, iba al baño, encendía unas velas y le decía: "Dios, si existes, sácanos de aquí". Pasaron los meses y seguía rezando sin creer. Un día, se le acercó una cuidadora y le dijo: "Mañana es tu cumpleaños y te van a hacer una tarta". El relata: *"Yo no sabía que se celebrarían los cumpleaños y me emocioné. Esa noche, sentí el impulso de arrodillarme y dije: Dios, si existes y eres Todopoderoso, como dice el Pope, necesito creer y, para eso, quiero que me des una prueba de que existes. La prueba que pido es que me des una tarta en lo que cuento hasta tres, si así lo haces, siempre creeré en Ti. Conté hasta tres y, en eso, tocaron a la puerta: era mi madre biológica que traía una tarta para mí... Para mí era la señal de que Él estaba conmigo, rompo en llanto. A partir de ese día mi oración nocturna tuvo más sentido. Mi vida siguió igual, con palizas, pero vi que no era que Dios lo quisiera, sino que ese niño así lo quería. Pasó un año, traté de cuidar a los bebés y a mi hermana. Un día me detectaron una enfermedad de los pulmones, así que me trasladaron del orfanato, a lado de Moscú, a Ucrania. Era la primera vez que me separaba de mi hermana, de agosto a junio. Cuando llego a Ucrania, mi vida cambió un poco. Era cantante así que daba conciertos. En noviembre de ese año me dijeron: "Alguien ha venido a verte". Era el encargado de deportes del orfanato y me dijo: "Vine por ti porque los van a adoptar". Vi que Dios estaba haciendo todo en mi vida. Un matrimonio español tenía la intención de adoptarlos a los dos. Cuando vi a mis padres españoles sentí que eran mis verdaderos padres. No podíamos irnos con ellos porque faltaba un trámite. Me dijeron que iban a tardar un mes.*

En diciembre iba a diario a la puerta para ver si venían y no vinieron. Una cuidadora dijo: "No van a venir". Se le encendió una luz y dijo: "Lo que pasa es que me falta rezar más", así que intensificó más la oración en el baño".

Al cabo de dos meses, ellos regresaron. Pasó de no tener nada a tenerlo todo en 24 horas. Pensé: "Si no tienes nada, no vales nada". Empezó a ser un niño materialista

y a pensar que *el libertinaje era el camino*. Le faltaba disciplina. A los 19 años ingresó al ejército. Allí alcanzó el punto más bajo. Llevaba un año y medio en el ejército. Poco a poco se separó de sus padres. Un día se quedó solo en el cuartel y empezó a reflexionar sobre su vida. Comprendió que sin Dios era nada. Agarró una navaja y pensó: "Qué fácil sería acabar con mi vida". Dijo: "Dios, ¿hasta cuándo vas a estar en silencio conmigo?". En eso sonó el teléfono. Era una amiga que le invitaba a un Curso de cristiandad. Él dijo que sí. Ella le dijo: "Pero déjame explicarte". Él dijo: "No, no, esto es de Dios y quiero regresar". Poco más tarde comprendió la alegría que supone saberse hijo de Dios.

Vio que Dios dirige el barco de la vida, de algún modo, si uno le deja y se pone en sus manos. (cfr. Mater Mundi).

.